

—¡Amo profundamente á mi Adriana!—respondió Vaudrey con vivacidad.

—Y la engañas como á un chino. Eso es estúpido. ¡Merecías que la de Kayser te hubiese puesto en ridículo para siempre, te hubiese engañado, arruinado, y que ya nadie volviera á acordarse del santo de tu nombre! Cuando se tiene la suerte de estar unido á una esposa como la tuya, se la adora de rodillas ¿oyes? y no se mata su felicidad, para buscar en otra parte un placer..... ¡Y qué placer! El mismo ha gozado Jouvenet, costándole mucho más barato.

—Me parece que abusas un poco de nuestra amistad—dijo Sulpicio levantándose de repente.—Hago lo que me parece y como me parece, y supongo que no tengo necesidad de dar á nadie cuenta de mi conducta.

Detúvose bruscamente como si le hubiesen clavado los pies al suelo y con la boca abierta. Su mano cogió la de Guy, y sintió un estremecimiento extraño al ver á Adriana, quien pálida como la muerte se apoyaba, para no caer, en el marco de la puerta.

Seguramente, sin género alguno de duda, acababa de oírlo todo.

¡Estaba allí y escuchaba!

No dijo una palabra, pero tras un momento de vacilación, acercóse con paso majestuoso, haciendo para conseguirlo un esfuerzo supremo.

Su mirada de niño castigado, de pobre mujer desesperada, decía que en ella no había estallado la cólera, sino que se había producido una conmoción terrible, espantosa. Estaba tan pálida, tenía tal expresión de tristeza y sufrimiento, que ni Lissac ni Vaudrey se atrevieron á decir una palabra.

Un silencio sepulcral reinó en la habitación.

Guy fué el primero que intentó sonreír mientras Adriana se dirigía al velador donde estaban los periódicos; ella lo detuvo con un gesto, como si quisiera decirle que era imposible engañarla ó que engañarla de nuevo, sería una nueva cobardía. Cogió de entre los periódicos el que acababa de leer sin comprenderlo del todo, el que le habían enviado con las notas de lápiz rojo, y enseñando á Vaudrey el artículo en que se hablaba de Sulpicio y Basileia, dijo lentamente, con la voz entrecortada por el pesar profundo que le embargaba el alma:

—¡Conque se sabían estas cosas!

Luego, como si ya no le quedasen fuerzas para más, dejóse caer en la butaca que poco antes ocupaba Vaudrey, y un sollozo agudo y prolongado le desgarró el pecho.

Sulpicio miró á Lissac, el cual estaba de pie, inclinado, abatido como quien asiste al desarrollo de una catástrofe.

Guy cogió instintivamente al Ministro por un hombro, y empujándole hacia su esposa le dijo en voz baja y entrecortada también:

—¡Dáale un beso! ¡Cuando se ama como ella ama, se suele perdonar!

Sulpicio lanzó un grito de súplica y se echó á los pies de Adriana, en tanto que Guy abría la puerta apresuradamente y se alejaba, comprendiendo que no tenía nada que decir y que sólo Vaudrey podía obtener su propio perdón.

—Yo con mi rabia—decía para sus adentros— y él con sus malditos celos, los dos nos hemos arrebatado, olvidándolo todo. ¡Qué estúpidos somos! ¡Como si no se pudiese hablar más bajo!

Y se fué muy descontento de sí mismo y muy descontento de Vaudrey. Cada vez le parecía más estúpido aquel hombre, amado por una mujer como Adriana y engañándola de tal manera. No estaba seguro de no sentir allá en el fondo de su corazón algo de amor hacia la mujer de su amigo. ¡Ah! ¡si él se viese amado de semejante criatura sin igual, sentiríase capaz de grandes empresas!.... ¡En vez de gastarla inútilmente, hubiera sabido

organizar y utilizar su vida! ¡En vez de amores triviales, habríase dedicado al amor único de aquella mujer inimitable, á quien hubiese hecho ciertamente su esposa!

Al verla pálida, abatida, desfalleciente, convertida en una niña por la fuerza misma del dolor que experimentaba, Guy casi sintió celos de Sulpicio; y por eso, para dominar en lo posible aquella emoción extraña y malsana, había empujado él mismo á Vaudrey hacia su esposa y había desaparecido rápidamente, como si le fuese necesario huir de su presencia para no cometer un desatino y como si quisiera dejar de verlos.

Y, por el contrario, al alejarse la volvía á ver con los ojos de la imaginación, y le parecía estar contemplando la triste mirada de sufrimiento y la voz doliente de aquella infeliz mujer que decía:

—¡Conque nadie lo ignoraba!

—¡Ah! ¡pobre Vaudrey!—pensaba Guy.

Al salir tuvo que detenerse un momento en la antesala para dejar paso á los mozos y á los criados, cargados con grandes jarrones de flores y macetas llenas de verdura, destinadas al adorno de los salones en la fiesta de aquella noche. ¡Una fiesta..... y en semejante noche! Había en el descubrimiento de aquel secreto, acaso por malas ar-

tes dé un enemigo desconocido, y la antítesis de aquellas flores que iban á adornar la casa, una ironía tan grande, que Guy no pudo menos de contemplarlas un momento y hallarlas casi insultantes, á pesar de su belleza, ó acaso por su misma belleza.

¿Tendría Adriana el valor ó la fuerza necesarios para hacer los honores de su casa en aquella recepción, algunas horas más tarde?

Guy lamentaba profundamente el haber ido al palacio de la plaza de Beauvau.

—¡Bien podía haber esperado un poco, ó haber guardado para mí estas rabieta mías! La pobrecilla acaso entonces no hubiese sabido nada.

—¡Bah! —añadía luego;— ella es muy buena, adora á Sulpicio, y todo será una nube de verano. ¡Sí, le perdonará de seguro!

Además formó el propósito de volver á la noche con objeto de presentar sus excusas á Adriana y de consolarla, si podía.

—No deja de tener esto cierto mérito en mí, porque, á fe de caballero, me parece que la amo. ¡Y sin embargo, tengo rabia á ese tonto de Vaudrey, porque no la quiere bastante!

¿Perdonará?

Lissac, que conocía tanto á las mujeres de cierto

género, desconocía por completo á Adriana, enérgica á pesar de su aspecto endeble, una niña, una provincianita desorientada en medio de la vida de París, perdida y como atontada por el estruendo y agitación continuos de la vida de la política; loca de amor por su marido, el cual personificaba á sus ojos todas las superioridades y todas las seducciones; que se le había entregado toda entera, pero que quería que fuese todo entero para ella el hombre á quien amaba, á quien todo lo fiaba, á quien daba sin reservas todas sus confidencias, sus ignorancias, sus candideces y su pudor. No sabía Lissac todo lo que era capaz de experimentar aquella naturaleza de sensitiva, llena de pasión bajo sus apariencias de frialdad, capaz de la más enérgica resolución á pesar de sus timideces de carácter, y en quien era posible la locura, á despecho de su razonable calma habitual. Capaz de todo eso, por lo mismo que su candor de pensamiento, de educación y de recuerdos, hacían de ella la mujer honrada de mayor encanto, que Guy había conocido en su vida.

Adriana había leído el periódico que le enviaran anónimamente, sin darse cuenta al principio de lo que quería decir aquel papel. ¿Qué le importaban á ella Alcibíades, Basileña, la *querida del noderoso*?

¿Qué significaba todo aquello? Luego, de pronto, su pensamiento se detuvo ante el nombre de Sulpicio, transformado en griego de parodia; en Sulpicius, ¿querrían aludir á su marido? Al pensarlo, su corazón experimentó terrible angustia. Pero ¡bah! ¿iba á dejarse impresionar por una broma de un periódico, tan despreciable como una carta anónima? No por cierto. Necesitaba pensar en la recepción que daban aquella noche como complemento á un banquete oficial, en el cual tenía que hacer los honores á los numerosos invitados del Ministro de la Gobernación. De la comida no tenía para qué ocuparse, porque se la habían encargado á Chevet, á tanto el cubierto, como en los fondas; pero Adriana quería ocuparse en la velada musical, en los programas que le habían presentado para su aprobación, con los nombres de los cómicos y cantantes impresos en elegante cartulina, y además, de las flores con que pensaba adornar profusamente sus salones. Pero á despecho de todas aquellas ocupaciones, su imaginación volvía con insistencia pertinaz al recuerdo de aquel artículo de periódico; pícaro artículo, cada uno de cuyos renglones bailoteaba delante de sus ojos como cuando se ha estado mirando largo rato y con fijeza á un sol muy fuerte.

Entonces se le ocurrió ir á preguntar francamente á Sulpicio el significado de todas aquellas reticencias.

—Supongo—se decía con el desprecio profundo que sentía hacia todo lo que era mentir— que no me acusará de haber sospechado de él. Porque no sospecho, ciertamente.

Dirigióse al gabinetito donde Sulpicio se había puesto á leer los periódicos después de almorzar, y allí, como si ella misma se hubiese arrojado contra la punta de una espada desnuda, oyó las palabras de Vaudrey y de su amigo, que le penetraron en el alma como las agudas hojas de otros tantos puñales.

Hablaban de otra mujer. Lissac decía en voz alta «¡Tu querida!», y Vaudrey no se indignaba.

¡Una querida! ¿Qué querida? ¡Mariana Kayser! ¡Oh! ¡Aquella mujer de quien Sulpicio hablaba tan á menudo con aire indiferente! ¡Aquella mujer que ella había entrevisto tantas veces, seductora, admirablemente hermosa, de una belleza terrible! ¡Era ella! ¡Su querida! ¡Conque Sulpicio tenía una querida! ¡Mentía, la engañaba! ¿Él? ¿Era posible? ¡No sólo posible, sino también verdad! Sí, sí, y por eso le habían mandado directamente aquel periódico, llamándole la atención sobre el

artículo en que se relataba toda aquella repugnante historia. ¡Ahora lo comprendía todo!

Tuvo tentaciones de entrar bruscamente en la habitación, de lanzarse entre aquellos dos hombres y de interrumpir su conversación. Pero careció de fuerzas para ello. ¡Además, lo que decía Lissac le servía de consuelo!..... Los reproches de Guy á Sulpicio eran los mismos que ella hubiese formulado si hubiese podido hablar. Pero ni una sola palabra se le venía á los labios. Habíase quedado muda y anonadada. Lo único que sabía era que sufría horriblemente y como no había sufrido jamás.

Al principio dejó que Vaudrey se arrodillase á sus pies, obedeciendo á Guy, y que cogiese su mano. Luego la retiró con suavidad como si se sintiera reaccionada por un movimiento instintivo de su pudor insultado.

Vaudrey intentaba hablar, y en los primeros instantes palabras confusas, excusas tontas, torpes mentiras, vocablos absurdos y crueles—*capricho, nada grave, fantasía, locura*—otras tantas confesiones y otras tantas injurias, acudieron á sus labios. Luego, al ver el mutismo de Adriana, ya no supo qué decir; guardó silencio, quedóse abatido y buscó una mano que su mujer retiró en seguida.

—¿No me perdonarás nunca?—preguntó al fin sin darse cuenta de lo que decía.

—¡Jamás!—contestó ella friamente.

Y levantándose tan enérgica de pronto, como débil y anonadada aparecía un momento antes, cruzó la habitación.

—¿Te vas?—balbuceó Sulpicio.

—Sí, necesito estar sola..... ¡Ah! completamente sola—añadió con cierto movimiento de disgusto, al ver que su marido se dirigía á ella.

Él se detuvo, y dijo sin saber lo que decía:

—Sabes que..... esta noche.....

—Sí, sí—contestó Adriana—no paséis cuidado! ¡Aunque ya no sea la señora de Vaudrey, aun soy la esposa del Ministro!

Él buscó una respuesta sin hallarla.

Adriana había desaparecido.

—¡Se acabó mi felicidad!—balbuceó Sulpicio al encontrarse bruscamente ante una situación desconocida y negra como un abismo profundo. ¡Ah! ¡qué desgraciado soy! ¡Muy desgraciado! ¿Por culpa de quién, miserable?

Y se abismó en los expedientes, en los informes y partes de los Gobernadores de provincia, repasándolos febrilmente para ensordecerse y cegarse, pero sintiéndose cada vez más deseoso de ir á su-

plicar á Adriana ó á insultar á Mariana. ¡Oh! sobre todo, decir á Mariana, que le había hecho traición, que era una miserable, que era la querida de Rosas, la querida de Jouvenet, una mujerzuela como otra cualquiera, sí, una mujerzuela, sí, una mujerzuela!

Y en el desbarajuste de aquel día de infortunios, acaso pensaba más en que había perdido á Mariana que en que había ultrajado á su esposa. Entretanto Adriana, automáticamente, preguntándose á sí misma si era ella en verdad la que iba y venía de una parte á otra, se probaba el traje de baile, abandonaba su cabeza á un peluquero, se condenaba dos horas después á sonreír á los invitados del Ministro, á los senadores, diputados y diplomáticos, y se hacía á sí misma el efecto de un espectro que se agitase en sueños; y sintiendo las angustias de una pesadilla horrible con sus ahogos, su deseo de gritar y pedir socorro, con la tensión de nervios, enferma, dominada por una fuerza de voluntad extraordinaria, imponíase el sacrificio cruel del disimulo y el de esperar á que toda aquella fiesta, aun no comenzada, concluyese, para poder llorar á sus anchas.

Aquella noche la fachada del Ministerio estaba resplandeciente. Las luces de gas que la ilumina-

ban daban al palacio de la plaza Beauvau el aspecto de fiesta pública. Unas letras muy grandes, formadas con diminutos mecheros de gas, se destacaban en el fondo obscuro del cielo, presentando una R y una F colosales. Los tres colores de la bandera nacional se veían, merced á la claridad del gas. Sobre la finísima arena del patio rodaba una multitud de carruajes, los cuales iban dejando al pie de la alfombrada escalera á multitud de invitados en traje de etiqueta, mujeres envueltas en magníficos abrigos adornados con bordados de oro ó forrados con pieles. Toda aquella gente desaparecía en la antesala, pasando por entre una doble fila de Guardias de París, vestidos de gran uniforme y con el arma al brazo, los cuales se destacaban como cariátides, sobre el fondo de flores y de hojas verdes que adornaban la escalera, y cuyos plateados cascos brillaban resplandecientes á la luz del gas.

En el guardarropa se amontonaban los abrigos; rápidamente atravesaban la antesala las mujeres, dirigiendo al pasar una furtiva mirada á los espejos; un lacayo preguntaba á cada convidado su nombre, lo repetía á un ujier que anunciándolo con voz de trueno los lanzaba á los salones aquellos donde tantos nombres diversos habían resonado,

nombres de personas pertenecientes á todos los partidos. Entonces, á la puerta del salón lleno de gente é iluminado *à giorno*, veíase al Ministro, de pie, recibiendo, saludandó, inclinándose sin cesar, desde el momento en que empezó la recepción, ante cada uno de sus convidados, á muchos de los cuales ni siquiera de vista conocía. Detrás de él, vestidos de rigurosa etiqueta, se hallaban sus secretarios, los empleados de su gabinete particular, tomando su parte correspondiente en los saludos que dirigían á su excelencia; y al lado, pálida y sonriente, como si sonriera á visiones del otro mundo, la señora de Vaudrey, que se inclinaba también alargando á derecha é izquierda maquinalmente su enguantada mano, y más bella aún que de costumbre, con su elegante traje de seda blanco, escotado, sujeto el escote á los hombros por dos broches de perlas, con un ramo de flores naturales en el pecho, semejaba allí, de pie, la estatua de la melancolía, guardando la entrada de aquellos salones llenos de ruido, de lujo y de fiesta.

Cuando vió entrar á Guy, tuvo para él una sonrisa triste, y Vaudrey estrechó la mano de su amigo con verdadera efusión, como si contase con su auxilio para arreglar muchas cosas.

El dolor concentrado de Adriana dió pena á Lissac. Donde los demás invitados no podían ver más que, si acaso, un poco de cansancio, él notaba la herida abierta y el dolor profundo. Internóse en los salones. Al brillo de las luces los diamantes resplandecían en los hombros y en la cabeza de las mujeres, como las arandelas y los colgantes en las arañas de cristal.

En una especie de cuartito formado con tapices riquísimos habíase improvisado un escenario, que parecía un nido hecho con camelias y gardenias hermosísimas. Los trajes claros de las señoras, sentadas en aquel teatrillo formaban un montón delicioso de telas de seda azul pálido, blanco, color de té, verde mar, mezcladas á la blancura de los hombros y de los brazos, al brillo de los diamantes y á los tonos variados de las flores y plumas que adornaban sus peinados. Guy vió en primera fila á la señora de Marsy con un traje de seda verde mar, muy escotado, mirando con altanería impertinente, mientras se abanicaba con descoco, á su antigua amiga la señora de Gerson.

Multitud de hombres de todas edades rodeaban á la señora de Evant, la más encantadora de todas las mujeres á la moda, y á quien todas las damas se esforzaban por imitar.

Detrás de las señoras se apiñaban los fracs negros, y en medio de ellos, de cuando en cuando, se destacaba la nota chillona del uniforme de algún oficial francés ó de algún agregado militar á una embajada extranjera.

Veíase multitud de hombres que lucían condecoraciones nacionales ó extranjeras, senadores, diputados, diplomáticos y una porción de jóvenes agregados á los Ministerios ó á las embajadas, correctamente vestidos, con su clac debajo del brazo y en la mano el satinado programa de la función, en el que constaban los trozos de los obras que iban á ser recitados. Bajo los techos pintados al fresco, en aquel cuadro de luz y entre aquella profusión de flores, la multitud elegante que se agitaba en todas direcciones tenía á la vez algo de lujoso y algo de cómico.

Oíase, mezclado á los acordes de la música, el runrún de los murmullos y el ruido confuso de las conversaciones en voz alta.

Guy miraba curiosamente el personal de los convidados, como hombre que ha visto mucho, y que es aficionado á comparar. De cuando en cuando saludaba al ver una cara conocida. Esto sucedía rara vez aquella noche, por lo cual sin duda tuvo un verdadero placer al ver el rostro de Ramel, á

quien había conocido en los *miércoles* de Adriana y que le era altamente simpático. Le pareció que estaba delicado.

—Y en efecto, no ando muy bien—dijo Ramel.—Sólo he venido porque queria hablar con Vaudrey muy seriamente.

—¿De qué?—preguntó Lissac.

—No, de nada. Quiero darle un consejo sobre la conducta que debe observar. Le están minando el terreno cerca del Presidente de la República.

—¿Y quién?

—Pues la mayor partes de los que están aquí.

—¿Sus invitados?

—Ya sabéis que cuando uno convida á sus amigos hay entre ellos tres cuartas partes que son enemigos.

—Lo menos—dijo Lissac.

Transitaba por los diversos salones, pero siempre, sin darse de ello cuenta, instintivamente, iba á parar cerca de la puerta donde se hallaba Adriana, con la vista extraviada, distraída, sin hablar, sin oír ¡pobre mujer! todos aquellos nombres y apellidos que el ujier pronunciaba con voz de trueno á intervalos iguales, como si fuera una máquina parlante.

—¡ El señor Durosot!..... ¡ Los señores de Bre-

chet !..... ¡El señor Ministro de Obras públicas !..... ¡El señor Prefecto del Aube !..... ¡El señor Conde de Grigny !..... ¡El señor de Prangrins !..... ¡El señor general Herbercourt !..... ¡El doctor Villaudry !..... ¡Los señores de Tochard !.....

Adriana había jurado ser fuerte y no dar á conocer la desesperación que le destrozaba el alma. Se había impuesto aquella sonrisa. Parecíale estar soñando, ser víctima de una terrible pesadilla, que nada de aquello que la rodeaba era real. Aquellos hombres de frac y corbata blanca, aquellas mujeres en traje de baile, aquel desfile de invitados que la saludaban en el mismo sitio del salón, con la misma expresión de respeto y de afectada cortesía, le hacían el efecto de una sucesión interminable de fantasmas. No relacionaba ni un nombre ni un recuerdo, con ninguno de aquellos semblantes que le dirigían una mirada oficial ó que afectaban una gravedad y corrección pretenciosas. Experimentaba gran cansancio, un abatimiento profundo, una violenta pesadez de cabeza, viendo aquel continuo llegar de gentes desconocidas á quienes era necesario sonreír, delante de las cuales tenía ella que inclinarse para saludar, á fin de cumplir aquel deber de su cargo, que quería la pobre mujer llenar hasta el último momento.

Los acordes lejanos de una polka de Faubach ó de un vals de Strauss, venían á ser como el sarcástico acompañamiento de aquella tristeza de acongojada pesadilla.

— Y entre esas mujeres que la saludan — pensaba Guy de Lissac — hay muchas que le tienen envidia. ¡Infeliz!

Adriana no miraba á Vaudrey. Temía perder la calma y la sangre fría al ver los ojos de su marido fijos en ella; temía romper á llorar delante de toda aquella gente. Y se hubiese puesto en ridículo. Aislábase, pues, y con una fuerza de voluntad verdaderamente asombrosa en una mujer tan delicada, parecía no ver nada más que su propio pensamiento, este pensamiento único: « Sé fuerte. Ya llorarás á tu gusto cuando estés sola, lejos de esta gente, de esta muchedumbre. ¡Sola, completamente sola! »

Vaudrey estaba muy pálido, pero poseído, á despecho de su voluntad, de la alegría que experimentaba al recibir en sus salones todo lo más selecto é ilustrado de París: los embajadores extranjeros, los presidentes del Senado y de la Cámara, sus compañeros los ministros, los diputados, los príncipes de la Banca que son la fortuna, los publicistas distinguidos que son la fama; todo lo que

figura, todo lo que brilla en la sociedad parisiense; aquel Ministro, satisfecho de ver el afán con que todos acudían á su casa, y le saludaban y le rendían homenaje, olvidaba por un momento las desdichas de aquel día, el brusco rayo que había caído en su hogar, y que tal vez había roto para siempre su felicidad.

No pensaba más que en lo que estaba viendo: en aquellos saludos, en aquellas inclinaciones de cabeza, en aquellas cortesías que iban repitiéndose con una regularidad de máquina de reloj, en aquel desfile de homenajes que se hacían al abogadillo de Grenoble convertido en Presidente del Consejo de Ministros.

Y de pronto, como si en el olvido de todo lo demás hubiese perdido también el recuerdo de su querida, púsose lívido; y espantado miró instintivamente á Adriana que estaba blanca como una muerta. El ujier acababa de pronunciar un nombre, y aquel nombre, que pronunciaba maquinalmente como había hecho con los anteriores, sonó en aquel sitio como una injuria terrible.

Guy de Lissac, al oírlo, púsose pálido también.

—¡El señor Simón Kayser!—había dicho el ujier de servicio.—¡La señorita de Kayser!

Otro nombre sonó, pronunciado también por aquella voz de trueno.

—¡El señor Duque de Rosas!

Pero ese, ni Vaudrey ni Adriana lo oyeron siquiera. Sulpicio tuvo impulsos de dirigirse hacia Mariana para suplicarle que se fuera. Es verdad que la había convidado él. La querida del Ministro habíase empeñado en asistir á la recepción á pesar de Jouvenet que lo sabía todo, y á pesar de otros muchos que sospechaban la verdad. Vaudrey, sin embargo, le hizo observaciones; es más, algunas horas antes le escribió suplicándole, ó mejor dicho, ordenándole que no se presentase en su casa. ¡Y á pesar de todo, estaba allí! Entraba, avanzaba con la cabeza erguida, del brazo de su tío, el cual mostraba por encima de su corbata blanca aquella sonrisa desdeñosa de artista melencólico, que le era habitual.

Adriana se preguntó si no era exacto que en aquel momento se hallaba realmente soñando. Veía que se le aproximaba, cruzando por el salón con el paso majestuoso de una reina, aquella mujer hermosa é insolente, que arrastraba larga cola de raso negro, y que lucía su talle esbelto, aprisionado en un elegante corpiño bordado de abalorios, en el fondo negro de los cuales se destacaba una